

¿podían éstos con el renacimiento significar, lo que hoy significan? ¿Podían mejorar con éste la condición miserable del hombre?

Las más hermosas conquistas de los pueblos florecientes de la antigüedad, entre ellos Grecia y Roma v. g. ¿á qué se reducían en orden á los derechos del hombre? ¿No es verdad que para ellos, el pueblo era el único digno de su atención, quedando el ciudadano como fundido en el olvido? Por eso vemos que se legislaba para el pueblo, mas no para el ciudadano á quien no se tenía en consideración para nada.

El cristianismo siguiendo otra senda declaró, que antes que los pueblos era el hombre, que antes que los derechos del Estado estaban los de aquel, y así pudo asomar la cabeza ese enjambre de esclavos que vivía y se nutría en las más asquerosas cloacas de la nobleza de todos los pueblos de la antigüedad, inclusive el imperio romano, que entonces marchaba á la vanguardia de la civilización. Enjambre de seres desgraciados, que desconocidos del mundo jamás hubieran tenido personalidad, si el cristianismo no se hubiera ocu-

pado de escarbarlos del lodo mismo de aquellas sociedades para formar con ellos otros pueblos, otra civilización de que hoy se envanece el mundo.

## VI.

Jesucristo al fundar su Iglesia, aunque esta es para el género humano, escoge sin embargo, como elementos primordiales de ella, los más desgraciados, la clase ínfima de la sociedad, para demostrar al mundo lo que el hombre puede valer por la voluntad soberana de Dios. Con doce miserables ignorantes funda lo más grande que hasta entonces había conocido la humanidad, y estos hombres oscuros, divulgando la divina palabra, hacen sentir al mundo su poderosa influencia y cambian la faz de todo lo existente.

Y este hecho que por sí mismo es un fenómeno social inexplicable, ¿no prueba que el fundador del cristianismo es el mismo Dios? ¿Puede el más sabio y poderoso de la tierra hacer brotar una religión en el mundo, que pregonada por unos cuantos ignorantes alcance á variar la faz de las sociedades? El hecho mismo de su exis-

tencia en este siglo, con razón llamado de las luces, ¿no prueba que tiene origen divino?

Desde que comienza á irradiar su brillante luz, los sabios todos de la tierra, los tiranos y los déspotas se confabulan contra ella y emplean la palabra y los más feroces hechos que tienden á ahogarla en su cuna; pero la obra era divina y todas las fuerzas del mundo solicitadas para destruirla han sido impotentes. Su fundador divino había dicho á Pedro: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Sublime promesa hecha á la humanidad que tiene en la Iglesia católica la más hermosa fuente, cuyas cristalinas aguas sirven para purificar la conciencia universal.

Mas desgraciadamente se nota, por una antítesis inexplicable, que los hombres que más ostentan filantropía, los que más ansían la libertad para el hombre, lo primero que se les ocurre es tiranizar á la Iglesia de Dios, de la cual se separan con orgullo.

Estos alegan para hacerlo, que dentro

de la Iglesia, no es posible la libertad del pensamiento, ni puede haber progreso; olvidando que á ella se debe el que hoy puedan hacer uso franco de su razón. Alegan también para demostrar la falibilidad de esta fuente inagotable de ternura, sus progresos en orden á la disciplina, sin fijarse en que ella como educadora de las naciones tiene que usar, en cuanto á las enseñanzas, del lenguaje propio de la época que atraviesa; y en cuanto á su disciplina variarla según lo exijan las circunstancias porque atraviesa la humanidad.

Mas en cuanto al dogma jamás variará una sola palabra: así como publicó al principio, publica y publicará hasta la consumación de los siglos, porque son verdades de Dios, que es inmutable. Ejemplos tenemos de que ni el más poderoso monarca ha conseguido nunca hacer que la Iglesia varíe el sentido de sus dogmas, ni aun cuando han sido amenazados sus Pontífices.

Napoleón I intima á Pío VII para que autorizara su otro matrimonio con María Luisa, y no consigue otra cosa que el Sumo Pontífice prefiriera la prisión de Fontainebleau, en cuyo calabozo había de llorar

presto el gran gigante de Europa que perdía todo el esplendor de sus pasadas glorias.

Si registramos las páginas de la historia de la Iglesia, de esa historia sangrienta que comienza desde el Calvario y en la que no se observa más que víctimas y verdugos, no podemos menos de reconocer en ella la mano del Omnipotente que guía desde el principio los pasos de la naciente obra que implantara en el mundo. El cristiano calumniado, escarnecido y puesto en horrible tormento, no exhala una queja, no infiere una sola ofensa contra el tirano, ni tampoco se ocupa de conspirar contra el orden establecido. Pone su confianza en Dios, y de él espera la solución de su porvenir.

De manera que el triunfo de la Iglesia sólo puede explicarse por la voluntad Soberana del que todo lo puede, pues jamás la sociedad ha presenciado que un partido beligerante pueda alcanzar victoria sin poner en acción las energías físicas de sus componentes.

La Iglesia católica registra en su historia épocas luctuosas, épocas cruentas; pero ninguna había conmovido tanto sus

más sólidos fundamentos como la época presente. El mundo antiguo la desangraba en sus mártires, pero no la atacaba en su espíritu ó esencia; como hoy hace el positivismo moderno. Este emprende contra ella una campaña formidable porque pone en juego lo que más alhaga al hombre, el espíritu de lo que él llama Ciencia. Arrastra á las masas con el dorado ropaje de la falaz convicción, y así envuelve al mundo en un error mucho más difícil de descubrirse, que el absurdo de los dogmas antiguos.

Las sociedades modernas, nutriéndose con la sabiduría del materialismo ¿qué elementos han de depositar para la historia, sino de disolución y de ruina? Comienzan á percibirse estos en el anarquista, el nihilista y el comunista moderno, que amenazan destruirlo todo.

En medio del caos que ha de engendrar el positivismo, sólo subsistirá una cosa: la Iglesia de Dios, navegando en el tempestuoso mar de las pasiones. Y así como el arca de Noé en el diluvio salvó los restos de la humanidad que perecía, así también esta nueva arca salvará á los que perseveraren con ella hasta el fin.

Desgracia nunca bien lamentada de la humanidad, que despreciando los recursos que el Soberano Hacedor pone en sus manos para su bien y felicidad, vuelve á entregarse en brazos del error, con lo cual no hace otra cosa que forjar, quizás con material más sólido, la cadena de que antes fué libertada.

En efecto, si hoy el progreso moderno la deslumbra con esos gigantescos descubrimientos, si es llevada en alas de la admiración por esa potente acción del hombre, que le descubre vastísimos horizontes para el porvenir, es á costa de su libertad moral, á costa de su creencia en Dios.

El hombre ha podido progresar incesantemente, porque el progreso es una ley ineludible impresa al universo; pero para esto no necesita separarse de Dios, que es á quien debe buscarse en cada paso que se dá hacia adelante. Prueba de ello es que las ciencias todas decantan sus maravillosas leyes, y el hombre buscando en ellas con sano criterio, la verdad, llegará á comprender mejor al Ser Omnipotente y Creador.

Como el ideal más íntimo de la humanidad, es hallar en último término la ma-

yor suma de bienes para el hombre, y como por otra parte el materialismo cree haber encontrado ésta, bueno será hacer comparación entre sus enseñanzas y las de la Iglesia católica, para ver de parte de quién está el progreso y cuál ofrece la verdadera felicidad.

Comencemos por recordar que la Iglesia al promulgar sus Evangelios al mundo antiguo, varió en su esencia el espíritu con que eran nutridas aquellas sociedades, trocando en libre al esclavo, elevando á una altura inesperada á la mujer, á quien se tenía como cosa despreciable, fundando desde luego la fraternidad humana y recomendando con exquisita solicitud el amor al prójimo. Misión sublime que debía fundir en un todo único los elementos heterogéneos con que el mundo marchaba y á los que se debía esa desigualdad de concepto respecto del hombre, y por la cual una parte del género humano se hallaba sin los derechos que legítimamente le correspondían. De manera, que al despertar la humana sociedad del profundo letargo en que yacía, corre presurosa aunque con los pies ampollados por la cadena que antes llevaba, á robustecer el progreso con su va-

lioso contingente, y el mundo entonces marcha á paso de gigante hacia su perfección.

El materialismo al despojar al hombre del bello ideal con que lo encuentra ya preparado por la enseñanza de la Iglesia, siembra en él la vacilación y la duda, y le hace perder las nociones del deber que, como creatura de Dios, tiene de reconocer su dependencia á su Autor Soberano que en vano intenta despreciar. Y con el concepto que le enseña de que es un simple producto de la materia, le obscurece la idea del espíritu, y borra en él ese sentimiento del infinito, con que llegamos á Dios, y ya en este estado, el hombre puede entregarse libremente á elucubraciones de cualquier género.

Si buscamos la filosofía del positivismo, sólo la encontraremos existiendo desde la más remota antigüedad; no tiene otro objeto que separar de Dios al hombre para abstraerlo de toda obligación moral y así poder dar rienda suelta á sus pasiones.

Hemos dicho antes que el anarquista, el nihilista y el comunista moderno son las primeras manifestaciones de esa escuela filosófica que amenaza cambiar el criterio universal, y nos fundamos en el hecho de

que esos hombres que hoy son el terror de Europa, están desprovistos de toda creencia religiosa, ó en otros términos, son ateos. Y entonces, ¿cómo habían de ofrecer su acción al porvenir?

Desde que el ser humano llega á desconocer á Dios ya no pueden tener límite sus aspiraciones, y es para él incompatible la obligación de vivir con reglas taxativas que le impiden el desarrollo completo de todas sus energías. Es por eso que vemos al socialista arremeter á todo gobierno por ser este el arquetipo del orden que guía á toda sociedad y esto constituye la mayor congoja del mundo actual.

En efecto, ¿qué porvenir nos aguarda con esos hombres que aspiran al caos? El mismo progreso intelectual y material ¿no están amenazados de muerte?

Como la acción del socialista está sobre toda energía individual, es de suponerse que quedarán segadas las fuentes del progreso que se manifiestan al mundo de un modo general, reuniendose las conquistas parciales del hombre en todos los órdenes de la ciencia, las artes etc., para formar un todo armónico que eleva y engrandece á la humanidad.

Todos los hombres aspiran á contribuir con sus energías, para formar esa masa general de adelantos que se llama progreso; pero en el sentido de que cada quien tenga su recompensa. Así vemos al filósofo y al naturalista, al físico y al químico, etc., arrancando á la naturaleza sus secretos en provecho de la humanidad que agradecida deja esculpidos en imperecederos monumentos sus nombres, y ésta es la mayor aspiración que los mueve. Ahora bien, los hombres del porvenir tienden á concluir con esas recompensas.

Si examinamos á fondo el móvil de toda acción humana, nos persuadiremos que en primer término es el egoísmo del yo, esto es, antes que el bien ageno buscamos el nuestro, y á eso se debe esa constante energía que nos mueve á ejecutar hasta las más peligrosas acciones. Así v. g. el que se entrega al descubrimiento de una verdad científica, el que estudia las leyes sociológicas que rigen á la humanidad, se desvela por presentar al mundo el fruto de sus trabajos para recibir la admiración de la posteridad. De igual manera obran esos hombres que ponen en acción tantas energías humanas para construir obras gigan-

tescas, como las que hoy admiramos y que forman el progreso material del mundo. Todos, en último resultado, son guiados más ó menos por el egoísmo del yo, y esta es una verdad incontrovertible.

Desde que el hombre llegara á adquirir la convicción de que sus trabajos no serían recompensados, se entregaría en brazos de la inercia, pues, como hemos dicho antes, el principal móvil de sus acciones es el egoísmo del yo. Así el hombre laborioso que á fuerza de trabajo y economía levanta el capital suficiente para poder llamarse rico, no intentaría sacrificarse para nada si se persuadiera que sus trabajos no redundarían en su propio provecho.

## VII.

Como el positivismo tiende al ateísmo, y como por otra parte el hombre no puede vivir en una sociedad organizada sin la creencia en el Ser Supremo, se desprende de esto que esta doctrina filosófica jamás puede hacer feliz á nadie.

Ahora estudiemos la influencia benéfica que la Iglesia católica ejerce en el mundo, y nos persuadiremos que es tanto más in-